

Y capaz también de solicitar algo mejor para adaptarse al mundo. Es decir, que puede ser un rebelde, con la conciencia de su rebeldía. No un bruto que protesta a ciegas, sino un inconforme de clara mirada.

¿Puede esto infundir temores? Indudablemente que sí. Temen los de espíritu pobre, los que serán sorprendidos en su esterilidad por el grito agudo de las horas que se acercan, los del rostro pálido que tiemblan cuando el fuego de las hogueras purificadoras se levanta como el símbolo rojo de las protestas.

Pero quienes tienen conciencia de que el porvenir no ha de ser como lo quiere esta teoría de los teorizantes, quienes saben que también los sin ventura buscarán un sistema que los esclavice menos, quienes tienen la dicha de pensar que el anhelo de la liberación puede iluminar el gesto de los proletarios, no pueden menos de entusiasmarse ante las perspectivas de una escuela en donde se restablezcan los sentidos que hacen del hombre un todo armonioso y un sér viril.

No es el Gimnasio Obrero una escuela de revolucionarios. Su único propósito es el de despertar en el niño

todas las facultades, para que cuando llegue a ser hombre sea un hombre de verdad, y no este remedo de hombres que salen de las escuelas en donde todo se deforma. Que esos hombres puedan llegar a ser revolucionarios, es cosa cierta. Como es cierto que el pueblo sin educación puede rebelarse de pronto en forma áspera, torpe, brutal. Lo que se quiere es evitar ese peligro, para que todo cuanto surja tenga una conciencia capaz de soportar, tranquila, las responsabilidades de un ideal.

En el pueblo embrutecido no puede descansar confiado un país, ni a ese pueblo se le puede arrojar, para que la desarrolle, la semilla de un anhelo noble. Pero, en lo que con frecuencia no se repara, y si se repara no se hace con devoción, es en el hecho de que así como el alcoholismo, o como cualquiera otra calamidad social, la escuela sin orientaciones inteligentes, también embrutece, también atrofia, también relaja y también pervierte.

GERMÁN ARCINIEGAS

Ap. 491
Bogotá, Colombia.

La felicidad humana y el industrialismo

(De Revista de Revistas, México, D. F.)

1

SI fuésemos a creer a los economistas clásicos de la escuela de Mánchester, habría que entonar un himno de gracias al Creador, por la perfección de las actividades industriales de la humanidad. Se trataría de una verdadera «armonía preestablecida». Las categorías de la economía política funcionarían con tanto primor como el más exquisito de los mecanismos de relojería. El consumo explicaría, como causa final, la producción de la riqueza, y ésta circularía, para distribuirse, obedeciendo a la justicia inmanente de las cosas. Sería el caso de repetir la óptima expresión de Leibnitz: «Todo está para el bien dispuesto en el mejor de los mundos posibles». Más aún, deberíamos cruzarnos de brazos ante las fuerzas económicas que producen, al actuar entre sí, el mundo complejo de la riqueza social, como es también espectacular nuestra actitud ante el mundo de la mecánica celeste que mueve y agita a los astros en sus inmensurables trayectorias. Pitágoras y el Salmista cantaron la armonía de las esferas. Bastiat cantó en su candorosa ingenuidad de economista clásico las «armonías económicas». Se necesitaría del sardónico ingenuo de un nuevo Voltaire, para desmenuzar en otra novela inmortal, que sería tan célebre como el *Cándido*, los sofismas bienaventurados de esta creencia absurda, formulada en la célebre frase: *Dejar hacer, dejar pasar*. En efecto, la actitud de este Budhismo económico es muy clara; consiste en abstenernos ante el conflicto de las energías humanas, esperando firmemente que el bien ha de surgir de las propias entrañas del mal transitorio, como surge la tonalidad del acorde perfecto mayor de las disonancias musicales. ¡Todo está para el bien dispuesto en el mejor de los mundos posibles!

2

Para la escuela socialista, la armonía se ha roto, sin remedio. El egoísmo humano, abandonado a sí propio, rige el movimiento social de los hechos económicos y

engendra, perennemente, la discordancia y el dolor: crisis, quiebras, *chomage*, pauperismo, esclavitud. Estamos en el peor de los mundos posibles. Leibnitz es el doctor optimista del capitalismo imperante, Schopenhauer el maestro pesimista del socialismo militante. Para el empresario, el mundo es óptimo; pésimo para el proletario. ¿Quién tiene razón?

3

Ni unos ni otros. Ni Bastiat, ni Lenin. Ni los místicos del desenfreno capitalista; ni los apóstoles del comunismo redentor. Hace muchos siglos que Aristóteles de Estagira, el más grande de los pensadores del mundo, pronunció esta sentencia inmortal. «La verdad consiste en el justo medio».

4

Ya el fundador de la economía política sabía que hay hombres, en las sociedades modernas, que sólo saben fabricar la diminuta cabeza de un alfiler, y que se pasan su propia vida fabricándola. Preguntamos: ¿Es justo que un hombre, es decir, una criatura que en sí compendia las más nobles cualidades de la vida, gaste su existencia en la monótona actividad que implica el erigirse en apéndice de una máquina, cuyo solo fin estriba en redondear la cabeza de un alfiler? Los proletarios modernos son, en varios casos, más miserables aún que los siervos antiguos. La gran industria deshizo ya la intimidad de la vida del taller, para sustituirla con el trabajo anónimo de la muchedumbre proletaria. Acaso, alguna vez, la máquina liberte al obrero; por ahora es su verdugo.

5

El argumento más impresionante de cuantos se han esgrimido en contra de la formidable, exquisita y acuciosa división del trabajo del industrialismo, formúlase así: La especialización es ilimitada. La dicha, en cambio, que se mantiene en los límites estrechos del placer, como dice M. Durkeim, no lo es; por tanto, aún cuando la especialización prospere hasta el infinito, el placer humano no aumentará en la misma proporción. Nosotros creemos que se mantiene constante. Ningún placer nuevo ha inventado la humanidad, desde los lejanos y gloriosos días del Jardín de Epicuro.